

SANTA MARÍA LA AUXILIADORA

Primer Premio de Cuento – Juegos Florales UCSUR 2007

Carlos Alberto Sandoval Flores
Facultad de Medicina Humana

Llegaba el aroma del café y su alma no sentía la paz de una mañana de noviembre, la primavera coqueteaba con la humedad salina de Villa María del Triunfo, cerraba los ojos, imaginaba niños en un columpio o jugando con una pelota; imágenes de una infancia que no recuerda para sí mismo, pero que se proyecta con la tasa de café y se enfría con demasiada prisa entre sus manos. Todo aquel mundo imaginado recibiendo el sol con su sonrisa y respondiéndose con otra sonrisa, lo hacía sentirse bien, solía recordarle el motivo de ser un buen doctor, pero al decir “doctor” la realidad fue poniéndose pálida, como la luz de un fluorescente, igual a tantos fluorescentes más del hospital María Auxiliadora, y al sufrimiento atroz con sus miles de caras sin edad, pero por sobre todo la paciente 522, con sus poderosos 17 años, esos ojos negros, profundamente negros, turbios que hacían una duda entre su silencio desconcertante y una pregunta... ¿podría salvarla?

El hospital consiste en un solo edificio rectangular que cruzaba oblicuo entre dos avenidas. Desde la avenida que coincide con los rieles del tren eléctrico puede verse un hueco de unos 5 metros de profundidad sobre la tierra amarilla y arenosa, donde cadáveres de antiguas ambulancias representaban el espectáculo del óxido y la decadencia. La primera vez que Hermógenes ingresó, se imaginó al hospital como una pequeña ciudadela: un minúsculo laberinto de hormigas con su mandil blanco que trabajaban sin descansar, pero se encontró en cambio con un edificio largo rectangular y pequeñas edificaciones alrededor.

Empezó a tomar el último sorbo, ¿quién era ella?, Solo una paciente, la número 522, ¿o era más bien Julia Quispe Romero?, la hija de una madre cuyas lágrimas resbalaban por sus mejillas rechonchas y prietas, y que tus

manos no pudieron evitar con el fuerte abrazo y las palabras largamente repetidas a otros familiares como ella, ahora, destrozándose de angustia y miedo en tu pecho tan aséptico a todo: “todo saldrá mejor”

Salió de la cafetería y esas ojeras malvas eran insuficientes, ¿qué tenía? ¿Qué diablos tenía esta niña en el cuerpo?, a sus poderosos 17 años y postrada en esa cama. “36 horas despierto, pronto tendré que descansar, pero al menos un indicio, Julia, ¿Julia, por qué no llego a alcanzar, qué me falta para entender tu mal?, ¿cuál es la parte en ti que no entiendo? Y esta oscuridad, esta maldita oscuridad me hace sentir tan frágil, tan tonto” No quiso subir al ascensor infestado de gente como es costumbre a las 7 a.m., subió por las escaleras no tanto por el miedo a que falle el ascensor, como tantas veces, si no más bien por tener otro poco de intimidad. A sus 34 años era esa una especie de ceremonia, subir los 143 peldaños hasta el 5 piso, salir de sí mismo para volver a entrar a la otra realidad, la del quinto piso, y hacer la visita con el médico en jefe y los residentes.

- No eres un dios, Hermógenes, por qué buscas hasta lo imposible para salvarla.

- ¿Por qué a mi hijita, señor, por qué a ella?

La señora Micaela rezaba bajito en la iglesia que estaba en la entrada del Hospital, vaya sitio para poner una iglesia, detrás de ésta, un descampado, y en frente de ella un estacionamiento, en la misma entrada principal del hospital, por donde miles de entes dolorosos todos los días pasaban casi de largo y algunos alumnos, todavía arrogantes, con sus mandiles blancos y cigarros encima contaban bromas y chistes indolentes ante tan sepulcral espectáculo y había veces, (muchas veces), en que la capilla era solo un edificio más.

- ¿Por qué, si hemos sido rectos? ¿Por qué veo a esos estudiantes con sus ojos de rata mirándome como si fuera un experimento, como si les diera curiosidad el dolor ajeno?, y mi pobre hijita ahí tan mal dentro de esa cama, y

aun así me sonrío y tiene esperanzas. Hijita mía, mi Julita, todavía era ayer cuando te lavaba los mocos de tu cara, ayer cuando me hiciste llorar de felicidad al parirte mi hijita, te amamanté, te crié. ¡Son los hijos quienes deben ver morir a los padres, ¡No al revés, carajo!, ah, Julita...

Y ese doctorcito tan bueno, tan joven, él no me recuerda, pero yo sí, cuando la primera vez que vine a emergencia, me encontró dormida sobre la fría banca, me invito un café y con esa misma sonrisa desapareció. ¡Pero que seguro que se veía! Ahora ya no sonrío, su arrogancia desapareció, Dios, ya no sé si tenga el dinero suficiente, mi pobre hijita ya lleva 23 días aquí, lejos de su casa, si tú, Dios me hiciste su madre, ¡¿por qué no me dejas poder protegerla?!

La señora Micaela se enjugó las lágrimas y evitó mirar otra vez ese lado de su alma, desesperado y doloroso, empuñó su cartera vieja, respiró hondo y levantando la cara salió de la iglesia hartas veces visitada, mientras el aire frío de la mañana le saludaba tristemente. 7 y 23, escuchó la hora de un visitador médico y vio cómo el gordo de la fotocopiadora en un mutis total seguía con su rutinario trabajo y los minutos corrían, tal vez no sabían o no querían saber que la pobre Julita se quebraba en la cama 522...

- Sí pues, el mundo gira, la vida gira,- se apretó con la gente en el ascensor que subía al 5 piso – esta noche tampoco he dormido – y comprobó dentro de su carterita la bolsa con el pan de ayer por la mañana y el hambre que no venía, todo se había detenido en ella.

Cuando el Rudi trajo a su hija entre los brazos, y ésta, pálida no podía ni hablar, ¿qué le había pasado?, no podía explicarse como en su pequeña casita de nuevo paraíso, pudo haberle sucedido eso a una niña tan joven, y la impotencia la hizo golpear repetidas veces la cara del muchachito, que ni ante la sangre respondió o se defendió de cada cachetada.

- ¿Qué le hiciste a mi hijita demonio?!

A la media hora ya estaban en el hospital, el Ramón vino después, su marido impaciente y asustado, al que solo le pudiste decir lo que los doctores te habían dicho, tiene una insuficiencia cardiaca. Ramón se enteró después que tenían que sacarle un par de radiografías y pagar un diurético endovenoso, además de la hospitalización, y solo llevaba 20 soles en el bolsillo.

Lo viste tan triste a tu Ramón, Micaela, tan inútil, lo viste llorar y se rompió tu corazón de esposa

- mamá, mamá, soñé contigo.....

.....

Ramón sabía que no se puede trabajar bien pensando en el cuerpo de su hijita con un montón de agujas, manejaba la *combi* de mal humor, ¿pero qué le quedaba?, ¿sentarse y esperar?

Doblando por aviación, recordaba con severidad, cómo el dinero puede influir en una vida, y el poder de la amistad se volvía mas fuerte, cómo llegaban después la ayuda, de sus familiares, vecinos y desconocidos, cómo ese doctorcito y la enfermera con su sonrisa tan espontánea, tan tranquilizadora, y hasta el colegio donde estudiaba su hija, hizo un pollada, del dinero recaudado pudo pagar toda la semana.

Ahora, el dinero no el importaba, pero su hija, su única hija se veía cada vez peor. Marcapoma le había dado toda la semana libre, para que atendiera a su hija y sus asuntos, pero él no podía dejar de trabajar, le tenía un miedo terrible al hospital y sobre todo a la muerte, así que trabajaba 14 a 16 horas en la *combi*, poseído por la rabia, el dolor y la angustia.

- Debes tener fe- le dijo Chumpitaz, su cobrador en el último paradero entre la ciudad de San Marcos y Universitaria – Dios sabe por qué hace sus cosas - y Ramón con la mandíbula contraída por la furia contra él mismo, contra el universo y contra el mismísimo Dios, se abalanzó contra Chumpitaz, introduciendo hasta el fondo el zapato en su vientre, no contento, lo sujetó de la

camisa y lo estrelló contra el respaldar del asiento del chofer, luego con las manos crispadas por la ira ciego y demasiado violento lo sujeto del cuello y lo lanzó fuera de la *combi*, escuchando el ruido seco de la cabeza del cobrador contra el piso de arena y piedra sucia de aceite quemado de camión. Chumpitaz levantó la mirada en un gesto confuso con el rostro destrozado y lleno de sangre. Al verlo así no pudo más que sentir asco, ¿pero por qué tenía que decirte que tuvieras fe?, ¿por qué tratarla como si hubiese muerto?, “sí, no quiero tu compasión”, pensaste, “no hay Dios que permita esta crueldad”, era conciente de que sus puños se tensaban huesudos y te acercabas a él, que atontados por los golpes te miraba con los ojos demasiados abiertos, sin poder creer todavía, que aquel amigo con quien había compartido su vida por 9 años, lo maltrataba sin misericordia, era esta más o menos su posición ante Dios, lo inevitable, la impotencia, Dios y su juguete el hombre, ese tipo aburrido, y nosotros su programa de cable, su novela mexicana, sus tristes marionetas, se acercó y le rondó un tanto incitante la idea de patearle por fin la cabeza, así le habían dejado su alma, entendía él el por qué le latían las sienes, se desconocía totalmente de sí, claro que esto no ayudaría a tu hija, pero te sentirías mejor, te liberarías de ese dolor, lo sacarías fuera de ti destoxificándote, vamos, Ramón, termínalo ya.

De pronto su hija, su risa creyó escucharla, y apareció en frente de él como un ángel, ¿quién era él para cuestionar la vida, y a Dios?, ¿quién era él?, le dio vergüenza, y enterró el rostro dentro de esas manos que antes existían para el odio, enterró los ojos entre la palmas quiso enterrarlo todo, su cuerpo empezó a llenarse de un cansancio ancestral, cayendo de espaldas al suelo, y poniéndose a llorar, con fuerza, llorar, por su hija, por lo que no había llorado, por él, pidiendo perdón, gritando perdón, luego sintió que alguien lo ayudaba a sentarse, era Chumpitaz, su cobrador con una sonrisa algo extraña por el labio hinchado y el moretón en el ojo, no se había ido

- Dios tendrá sus razones.